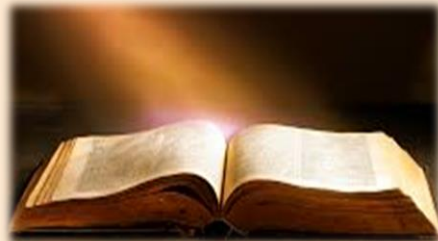


MENSAJE JUNIO 2021 N° 235

Palabra de Dios

“Los tomaré de entre las naciones donde están, los recogeré de todos los países y los llevaré a su tierra. Los rociaré con agua pura y los purificaré de todas sus impurezas e idolatrías. Les daré un corazón nuevo y les infundiré un espíritu nuevo; les arrancaré el corazón de piedra y les daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en ustedes y haré que vivan según mis mandamientos.” (Ez 36, 24-27)



Reflexión

El mensaje de Ezequiel al pueblo de Israel es claro, para un pueblo que se había apartado de los lineamientos del Señor, siendo castigado con la deportación de sus miembros por causa de sus idolatrías y rebeldía frente a las leyes de Dios.

Hoy vivimos situaciones similares, habiendo permitido al mal introducirse en nuestra vida, pecando y ofendiendo a Dios, no sólo con palabras, sino con nuestros actos, alejados de sus mandamientos, los que no son considerados y, la mayor parte de las veces, ignorados, porque hemos cerrado los ojos y los oídos para no ver y escuchar su Palabra.

Hemos corrido y corremos tras los ídolos de las riquezas, el poder y el placer y hemos permitido que el mal, a través del pecado, nos endurezca el corazón, apartándonos del amor a Dios.

Por ello la voz de Ezequiel es válida para nosotros. Pero ello no será posible si no damos un paso hacia la conversión como nos lo propone el Señor Jesús, cuando nos anuncia la llegada de su reino y la necesidad que tenemos de la conversión para recibirlo.



Si nuestra voluntad nos vuelve hacia Él y si nos damos el tiempo para escucharlo, Él mismo nos arrancará el corazón de piedra para así reconocer nuestras faltas, pedir perdón y volver a su regazo, adhiriéndonos fuertemente a su Sagrado Corazón, que no es otro que su amor de Padre que nos aguarda, sin considerar la magnitud de nuestras ofensas, pues todas ellas quedan sumergidas en el mar de su misericordia.

Que su Santa Madre sea nuestro auxilio en este retorno a su amor y ella modele, ese nuevo corazón de carne, conforme al modelo del Corazón de su Hijo amado. De esta manera nuestra vida cambiará y podremos aspirar a la nueva tierra que el Señor quiere regalarnos en la vida eterna.

EL CORAZÓN DE JESÚS

Humanamente hablando, el corazón representa la sede de los afectos y sentimientos. Por ello al hablar del Corazón de Jesús, queremos referirnos concretamente a su amor que se expresa en su adhesión irrestricta al Padre y su mirada misericordiosa para acoger a los hombres, de los que se hace uno más, para salvarlos, entregando su vida en oblación por su rescate de las garras del pecado que los tenía atrapados y alejados de Dios.

Su vida en medio nuestro fue una expresión palpable de ese amor que no conoce límites. “Amarás al Señor tu Dios con todo tu “corazón” es el mandato que viene a refrendar, haciéndolo práctico en la segunda parte del mismo: “Y al prójimo como a ti mismo”.



Como lo aprendió del mismo Jesús, el discípulo amado, Juan, nos recuerda: “El que dice amar a Dios y no ama a su hermano, es un mentiroso”.

Apreciamos en la vida de Jesús que esto era lo fundamental para Él. Educado e instruido en las Escrituras por sus propios padres terrenos, va creciendo en su relación con el Padre Dios y desde niño, como nos lo muestra el evangelio en el pasaje de su pérdida y posterior hallazgo en el templo, cuando desconcierta a sus padres diciéndoles: “¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?”

Estaba claro que para Él poner a Dios por sobre todas las cosas era primordial y ello es expresión de su amor por Él, que no conocía límites. Pero también amaba a sus padres terrenos, por ello les sigue obedientemente y continúa así hasta dejar el hogar y dedicarse de lleno a la misión que el Padre le había encomendado. A través de su vida pública le vemos atendiendo con delicadeza, misericordia y benevolencia a cuantos se acercaban a Él para escucharle o solicitarle algún favor en particular. Lo vemos desprendido de los apegos naturales, salvo aquellos que tenían relación con el amor, como a su madre y a los que, como Él mismo decía: “escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica”.

Apreciamos igualmente como este amor a su Padre y lo relacionado con Él, le mueve a actuar con energía, al extremo de castigar físicamente a quienes hacen mofa o no respetan sus disposiciones, como lo ocurrido con los vendedores en el templo a quienes arroja fuera por su actitud irrespetuosa.

Así pasa su vida pública haciendo el bien, restaurando la salud de quienes son afectados por algún mal, devolviendo la vida a quien ha sido atrapado por la muerte, compadeciéndose de aquellos que le buscan como ovejas sin pastor, restando horas a

su descanso para dedicarse a enseñar y atender a quienes le buscan, alimentando también sus cuerpos cuando la necesidad apremia. En general, olvidándose de sí para servir a quienes están necesitados.

Su sensibilidad ante el dolor ajeno se hace evidente, anticipándose a ir en auxilio de quienes no le han solicitado un favor, pero están sufriendo por las injusticias de los hombres, han sido atropellados en su dignidad y sobre todo en el camino hacia su propio sacrificio, cuando debiera haber sido Él el consolado, vierte su consuelo en quienes comparten parte de su dolor. Y, a los pies del Calvario, cuando contempla a su madre, a su discípulo y a los pocos que, condolidos por su situación, se mantiene en pie frente al cadalso.



¿Qué amor más grande puede haber que esa despedida de aquella que le dio el ser, poniéndola a resguardo en las manos del discípulo a quien había entregado un lazo de amor, similar al de un padre por su hijo? Y como si ello aún no bastara, está su entrega en la última cena, al convertir el pan y vino en su propio cuerpo y sangre, para quedarse entre quienes se han mantenido fieles y serán sus testigos a través de los tiempos, hasta nuestro presente, como alimento para fortalecer su fe y adhesión a la misión que les ha encomendado.

A través de los años se ha hecho presente a algunas almas piadosas que le han demostrado su amor, como es el caso de Santa Margarita María Alacoque a quien le señala la importancia de adherirse a su Sagrado Corazón y promover esa devoción por causa de la ingratitud de los hombres, frente a su generosa entrega en la cruz.

A la misma Iglesia le costó compenetrarse de esta verdad y debieron transcurrir doscientos años para que fuera instaurada esta devoción entre los feligreses, destinando un día del año a centrar la liturgia en el Sagrado Corazón, después de Corpus Christi. Lo que, hasta el día de hoy se mantiene, sin una mayor connotación.

Otra santa que tuvo el privilegio de ver a Jesús, Santa Faustina Kowalska, escribió en su diario que Jesús le había dicho: "Has de saber hija mía, que mi corazón es la Misericordia misma. Desde este mar de Misericordia las Gracias se derraman sobre el mundo entero. Ningún alma que se haya acercado a Mí ha partido sin haber sido consolada. Cada miseria se hunde en mi Misericordia y de este manantial, brota toda Gracia salvadora y santificante..."

Reflexión compartida.

¿Tiene alguna incidencia en mi vida el Sagrado Corazón o es sólo una devoción?

¿Soy consciente de la importancia que tiene adherirse al Corazón de Jesús?

¿Tengo el corazón dispuesto para actuar como Jesús con los necesitados?

¿Conozco las indulgencias que otorga la Iglesia a quienes siguen esta devoción?

Diácono Ronal Salvo Olave

ORACIÓN AL SAGRADO CORAZÓN



Corazón amantísimo de Jesús.
Manantial de toda gracia y consuelo.
Corazón traspasado y lleno de
misericordia para llenar de tu
amor y tu gracia los corazones
de los hombres heridos por el
pecado.



Ven, Señor Jesús y
transforma todo nuestro ser,
para que, imitando tus virtudes,
podamos llevar al mundo el amor
y el consuelo que Tú derramas
en nuestros corazones,
como fuente de Agua Viva.
Amén.

TESTIMONIO

Con mucho cariño, hoy recordamos a Malena, a nuestra querida María Helena Silva quien partió a los brazos del Señor en el pasado mes de mayo.

Malena se integró a nuestro grupo de misioneros en agosto del año pasado. Cuanta alegría significaba para ella recibir y compartir La Palabra. Consuelo, esperanza, compañía, gratitud, eran las palabras que siempre expresaba al momento de conversar y compartir nuestras vivencias y experiencias pastorales.

Su deseo siempre fue, recuperarse para recorrer con amor, los senderos de este mundo, predicando la Buena Nueva. Ahora está en el Reino, disfrutando del banquete celestial junto a nuestro Padre, su Hijo amado Jesús y todas las personas que fueron parte de su vida y que hoy están allá.

Hasta siempre Malena querida.

*Les daré un corazón nuevo y les infundiré un espíritu nuevo;
les arrancaré el corazón de piedra
y les daré un corazón de carne.*

Ezequiel 36, 26